

## La Luna

Los últimos rayos de un ensangrentado sol se ahogaban tras el negro espinazo que formaban los Urales. Sentado en el porche de su finca, el señor Zelenov leía, agotando los últimos suspiros del astro.

Cuando finalmente murieron, y la luna llena trajo consigo el frío, el señor Zelenov entró en casa. Era un hombre mayor, que no destacaba por nada en especial. No era alto ni bajo, gordo ni delgado, fuerte ni débil. Tal vez sólo llamaran la atención en su fisonomía sus ojos, ojos inteligentes semienterrados en los surcos que formaban sus arrugas. Antes habían brillado, mas su brillo ya se había perdido.

Vivía solo desde que enviudó, hacía ya seis años. Su mujer se llamaba Olga, y era dos o tres años menor que él. Había sido una mujer de gran belleza, y de muy buen carácter. Un día se perdió en el bosque. Su marido la buscó, en vano. Era ya viejo y, aunque no había perdido la esperanza de verla aparecer de nuevo algún día por la puerta de su finca, sonriendo, como siempre hacía, sabía que no volvería a verla jamás.

A los catorce días de perderse, unos cazadores encontraron el cuerpo de una anciana devorada por los lobos. Pero el señor Zelenov nunca habría podido saber si ese cuerpo mutilado pertenecía a Olga, pues era totalmente irreconocible.

Con ella, su vida quedó destruida. Seis años tras su desaparición, lo único que hacía el señor Zelenov era leer incontables libros, para alimentar el espíritu, y beber vodka. No era un alcohólico, sabía administrarse la bebida. Antes bromeaba con sus amigos diciéndoles que era imprescindible para llevar una vida sana. Antes de que perdiera su sentido del humor, y dejara de necesitar la compañía de sus semejantes. Seguía teniendo amigos, pero éstos ya casi no lo veían, puesto que pasaba semanas y

hasta meses encerrado en su finca, una suerte de monasterio donde llevaba su clausura voluntaria. La última vez que la había abandonado había sido hacía cinco semanas.

Era una casa bastante grande, o al menos lo era para que viviera un solo hombre en ella. Había sobrevivido milagrosamente a los zares y a la Unión Soviética. Tenía el defecto de estar apartada del pueblo, y resultaba muy caro llevar luz eléctrica hasta ella, por lo que la casa estaba casi siempre a oscuras, iluminada con la escasa electricidad que le suministraban.

El señor Zelenov fue a la bodega, una sala realmente amplia y más fría que el resto de la casa, a por una botella de vodka. Cuando la encontró, un salvaje escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Pensó que se había dejado las puertas abiertas al duro frío de la noche, pero no era así, sabía que no era así.

La luz de la luna se filtraba, como en una procesión de fantasmas, a través de las ventanas, convirtiendo la bodega en un espectáculo mutante de reflejos y sombras. El señor Zelenov quedó poseído por un miedo inexplicable, incontrolado, que no obedecía a ningún motivo ni hallaba razón en su existencia pero estaba en el aire, flotando en los rayos de luna.

Sus ojos se desorbitaron, su respiración se aceleró. Por un segundo, habría jurado que había alguien más en aquella bodega.

Salió corriendo de ella y la cerró precipitadamente con llave. No se quedó a comprobar nada, ni a pegar el oído a la puerta, sino que escapó al salón. Encendió todas las luces, o todas las que pudo, aún cuando prácticamente no alumbraran. Se sentó en un sillón y se encendió un cigarro.

El miedo que había experimentado se fue desvaneciendo poco a poco, al tratar de convencerse de que no tenía motivo. No era mentira. Podía engañarse a sí mismo, pretender que no había salido corriendo, que no había intuido la presencia de un ser

extraño en la bodega. Pero no necesitaba convencerse de que no sabía qué había motivado su temor.

Apagó el cigarro, el cual le había ayudado a tranquilizarse. Cogió un libro, dispuesto a seguir leyendo un poco más.

Entonces, la habitación se llenó de horror, un horror invisible que se reflejaba sin verse en las paredes bañadas de plata por la luna.

Al señor Zelenov se le erizaron los pelos de la nuca.

Había algo detrás de su sillón.

Podía sentirlo. Podía olerlo. Esta vez, podía oír su respiración entrecortada y jadeante.

Con un ejercicio de fuerza de voluntad supremo, se dio la vuelta y miró detrás del sillón. Había esperado encontrar cualquier cosa, menos lo que vio.

Nada. No había nada.

Gritó de puro terror, a pesar de que el miedo al que se enfrentaba no tenía rostro, o quizá precisamente por ello. Recorrió todos los rincones del salón como un loco, posando su vista en cada mueble, en cada rincón, y cada uno le revelaba un nuevo temor.

Pero no había nada.

Tardó un rato en tranquilizarse, convencerse, de nuevo, de que no debía enloquecer de esa manera. Quizá por la edad, o por el frío, o por quién sabe qué endemoniada circunstancia, le sucedía eso. Pero no había nada de que preocuparse.

No quiso volver a fumar, aunque sí bebió un poco de vodka, y fue a la habitación.

Para ir a su dormitorio desde la sala de estar tenía que cruzar un oscuro pasillo. Éste, afortunadamente, recibía la luz de la luna, por lo que no tenía que encender las bombillas.

Estaba ya llegando a su destino cuando vio, creyó ver, algo al final del pasillo. Unos ojos amarillos, cargados de malevolencia, cargados de furia irracional. Se quedaron mirándole por un segundo que asemejó intemporal, hasta que desaparecieron, o pretendieron desaparecer.

El señor Zelenov ya no sabía qué creer. ¡Los había visto! ¡Por un segundo, alguien, algo había estado allí con él! ¡Unos ojos amarillos, los ojos de una bestia, iluminados por la luz de la luna!

Entró en su habitación, olvidándose de cerrar la puerta. Se metió en la cama, llorando, gimiendo de puro miedo. Se cubrió la cabeza con la sábana, no porque ésta pudiera protegerle frente al Horror, sino porque le evitaría encontrarse con él cara a cara.

Sintió aquello, fuera lo que fuera, correr. Corría hacia él, tirando muebles a su paso, desgarrándolo todo. Vio su sombra tras la puerta. Estaba ahí. ¡Estaba al otro lado de la puerta!

El Horror entró en la habitación. El señor Zelenov gritó de espanto, y su corazón se detuvo.

Dos días más tarde, un amigo suyo, Vladimir Ivanenko, entró por fuerza en la casa. Estaba alarmado, pues llevaba demasiado tiempo sin saber de él.

Todo en la casa resultaba normal. No había ningún rastro de violencia, no parecía que hubiese sido asaltada. Llamó al señor Zelenov varias veces por su nombre, pero nadie respondió a su llamada. Y ningún sonido en medio de aquel silencio habría impedido a su amigo escucharle.

Fue a su habitación, y le encontró en la cama, con una expresión desencajada grabada en su cara a causa del profundo terror. Todo estaba normal, todo estaba en orden, salvo él, que estaba muerto. Indudablemente, pensó Vladimir, un infarto.

Lo que nunca pudo saber Vladimir Ivanenko fue qué horror había matado al señor Zelenov.

Phionix